

quien acude al médico *in extremis*. Huelga decir que tanto en el seno de la familia como en los colegios se castigaba fuertemente, tal vez cruelmente, a los niños. Nosotros seguimos el método contrario, y los resultados fueron sorprendentes. Muchachos que huían hasta de sus casas y se pasaban todo el día con un pedazo de pan por todo alimento, no dejaban de asistir a nuestras clases. El asombro de los padres era grande cuando se convencían de que sus hijos, en vez de vagar por las calles y plazuelas, estaban tranquilos y contentos en el colegio, ocupados en hacer sencillos dibujos, cálculos elementales o escuchar las explicaciones del profesor, porque en esta escuela se había suprimido asimismo la tortura de las lecciones de memoria.

Entrando en otro orden de consideraciones, puede decirse que todos los adelantos realizados se deben exclusivamente a la coacción moral.

El duelo, por ejemplo, mientras fué considerado como medio superior de justicia, ha burlado todas las leyes, y hoy mismo no las tienen para nada en cuenta los duelistas. Pero cuando las gentes van adquiriendo una noción más filosófica de las relaciones sociales y empiezan a mirar el duelo con repugnancia, cae éste inmediatamente en desuso. De aquellos combates entre hombres que hacían de su honor una religión y de su amor una deidad; de aquellos duelos en que la pasión idealizaba al vencedor, cuando todo el mundo medía la razón por la fuerza y la destreza, no quedan más que escasísimas y ridículas intentonas, en las que nadie deja de ver un convencionalismo hipócrita de una clase depravada. En nuestros días, los hombres reconocen que la fuerza, así empleada, es un instrumento de brutalidad, de venganza, de tiranía, y si asisten a una de esas representaciones cómicas que nuestros aristócratas o nuestros flamantes burgueses ejecutan de vez en cuando, es sólo por mera curiosidad, como quien asiste a un espectáculo raro e inesperado.

¿Ha influido la ley en estos resulta-

dos? Nadie ignora que sus efectos son totalmente nulos.

En otros tiempos se miraba con cierto respeto a los bandidos legendarios, a aquellos hombres que por la violencia vivían y merecían, no obstante, la amistad de muchas gentes, sobre todo de los grandes señores. Este fenómeno era debido al culto de la fuerza, entonces dominante. Hoy, que todo ha cambiado; hoy, que el culto a los merecimientos del trabajo, de la honestidad, del saber, empieza a abrirse paso, nadie idealiza como entonces se idealizaba al que roba, acecha y mata al caminante. El bandido de antaño podía creerse un gran personaje. El de nuestros días apenas puede considerarse un desdichado que el infierno de la miseria arroja a la más brutal de las luchas. La coacción moral, derivada de las ideas nuevas, ha modificado esencialmente los sentimientos y las costumbres.

De modo semejante desaparece o se borra el espíritu de venganza que domina nuestros juicios si del crimen se trata. Aunque en el primer momento todo castigo parece poco, cuando la calma se restablece surgen sentimientos de clemencia cada vez más profundos y más razonados. Al mismo tiempo, muchos hombres de ciencia se esfuerzan en demostrar que todo delincuente es un enfermo o un producto inconsciente del medio, como si respondiera a la necesidad de extender aquellos sentimientos de clemencia o de acelerar la corriente de humanización que todo lo invade. Y así no está lejos el día en que, a pesar de la ley, empiece la mayoría de los hombres a poner en duda el bárbaro derecho de castigar.

Es de advertir, respecto a este extremo, la influencia de las ideas. Ciertas investigaciones científicas han cambiado radicalmente las opiniones sobre la delincuencia, dotándolas de un espíritu de humanidad bien notorio, y entonces los sentimientos sociales, que antes se informaban en un sentido de *vendetta* sangrienta y brutal, cambian también y se desenvuelven según un sen-